

LORENZO CAMPANA

PANORAMA DE LAS LETRAS CHILENAS EN 1959

UN AUMENTO progresivo del volumen editorial chileno y la continuación del desarrollo orgánico de la cultura nacional, con amplia intervención de las Universidades de Chile y Concepción, fue la característica esencial del año recién pasado. En este aspecto, los Encuentros de Escritores, realizados por la Universidad de Concepción y la labor innovadora del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile, han venido a poner una nota nueva en el ambiente cultural chileno, experiencia que, en muchos casos, logró una amplia repercusión internacional. Al calor de estas iniciativas, los escritores abandonaron las charlas de café o el comentario privado, para discutir sus problemas y sus posiciones filosóficas y estéticas en foros públicos y debates universitarios, los que fueron seguidos con interés por el público.

Este cambio de opiniones, realizado en un terreno de respeto mutuo y con la debida responsabilidad intelectual, contribuyó poderosamente a conectar la tarea creadora de los escritores con el público lector, enriqueciendo el conocimiento masivo de los más diversos fenómenos culturales. Dos foros universitarios sobre la GENERACIÓN DEL 50; otro acerca de la CRÓNICA ROJA, con amplia participación de los periodistas especializados en este tipo de información; el foro sobre LITERATURA NOCIVA, organizado por el Sindicato de Escritores y otro que analizó la FUNCIÓN SOCIAL DEL ESCRITOR, fueron los debates públicos que caracterizaron la actividad cultural de los organismos oficiales e institucionales de los escritores y artistas.

La Sociedad de Escritores de Chile, en colaboración con el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad, contribuyó activamente a esta revisión de valores mediante sus entrevistas orales, efectuadas en la Sala Valentín Letelier. Durante esta primera jornada de entrevistas orales, fue anali-

zada y discutida la obra de José Santos González Vera, Enrique Lafourcade, María Flora Yáñez, Enrique Bunster, María Elena Getner, Claudio Giaconi y Guillermo Atías. La presentación pública de estos escritores y la autocrítica de sus estilos y contenidos, fue enriquecida con aportes teóricos y estéticos de los oyentes, creando un clima de alta vibración emotiva y conceptual. La Sociedad de Escritores realizó, además, diversos homenajes a escritores fallecidos, entre ellos a Pedro Prado y Francis de Miomandre; celebró con un acto literario-musical los cincuenta años de la publicación de "Palpitaciones de Vida", de Fernando Santiván, y realizó numerosas conferencias de divulgación humanística.

Los Institutos Culturales, por su parte, se esmeraron en emular a las Universidades en sus planes de divulgación artística y literaria. El Instituto Chileno-Alemán de Cultura celebró el bicentenario del nacimiento de Schiller, con diversos actos y conferencias que durante una semana mantuvieron despierto el interés de los intelectuales. El Instituto Chileno-Italiano de Cultura realizó tres conferencias de divulgación de la obra poética de Salvatore Quasimodo, el último Premio Nóbel de Literatura. El Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura organizó lecturas comentadas de escritores chilenos y norteamericanos, y realizó un ciclo cultural denominado "Problemas de la Literatura Chilena". El Instituto Chileno-Chino realizó una exposición de artes plásticas y artesanías populares chinas. El Instituto Chileno-Soviético dedicó tres de sus reuniones públicas a analizar los problemas de la educación, la ciencia y la literatura en la Unión Soviética.

En el orden publicitario, la Sociedad de Escritores en colaboración con la Universidad de Chile, continuó la publicación de su Colección Alerce, mediante un concurso de selección en el que triunfaron seis poetas y cinco cuentistas. En poesía, las obras publicadas fueron: "Sed por dentro", de Nicolás Ferraro, "Cuidadores", de Emmio Moltedo; "Un árbol a la orilla del mundo", de Renato Canales; "Delgada lumbre", de Hugo Montes; "En los cielos está el cielo", de Leonel O'Kington y "Descendimiento", de Rosa Cruchaga de Walker. Las cinco "nouvelles" seleccionadas son: "Misa de Réquiem", de Guillermo Blanco; "Alguien mora en el viento", de Hugo Correa; "Los Contrabandistas", de Luciano Cruz; "Terral", de Nicolás Ferraro y "Cuatro largos pasos", de Alfonso Reyes Mesa.

El volumen editorial de las empresas comerciales aumentó considerablemente en relación al de años anteriores, destacándose especialmente en la publicación de obras chilenas la Editorial del Pacífico, la que en este rubro

ha venido desplazando a Nascimento. La nota nueva en el aspecto editorial la constituye un franco repunte del ensayo, género que hasta aquí sólo había tenido cultores ocasionales y que ahora comienza a cumplir su mayoría de edad. En la edición de ensayos, género estimado tan poco comercial como la poesía, cumplió un papel relevante la Editorial Universitaria, con la impresión de numerosas separatas de trabajos publicados por la Revista *Anales de la Universidad de Chile* y la Revista "Atenea" de la Universidad de Concepción. Sin embargo, la literatura nueva editada durante el año es, en general, de calidad media. No hubo un "best-seller" destacado, ni se editaron esas obras claves, que significan hitos de referencia para nuestra historia literaria.

LA NOVELA.

Alrededor de veinticinco novelas calificadas se publicaron durante el año, incluyendo seis reediciones: "La sombra del humo en el espejo", de Augusto D'Halmar (3ª edición Nascimento); "Ully", de Mariano Latorre (3ª edición Nascimento); "Lanchas en la bahía", de Manuel Rojas (3ª edición Zig-Zag); "Caleuche", de Magdalena Petit (2ª edición Zig-Zag); "Norte Grande", de Andrés Sabella (2ª edición Orbe) y "Angurrientos", de Juan Godoy (2ª edición Nascimento). Entre estas reediciones, destacamos por su importancia "Norte Grande" y "Angurrientos", ambas obras altamente representativas de la generación realista del 38, cuya significación histórico-literaria venía siendo amagada por la irrupción, no siempre justificada, de la promoción del 50. La obra de Sabella, estampas novelescas de la pampa salitrera, de fuerte contenido épico y poderoso realismo social, viene considerablemente corregida y mejorada respecto a su edición anterior. La de Juan Godoy, reactualiza una joya bibliográfica de su generación en una novela del arrabal santiaguino, entre galleros y aventureros míseros, con fuertes hallazgos vivenciales y estilo desbordante de riqueza plástica.

La revelación novelística del año la constituyó el periodista Leonardo Espinoza con su obra "Puerto Engaño", conmovedora narración de un adolescente desorientado en el centro de Nueva York. La novela, de contenido realista, de gran movilidad en su ejecución y profundo poder emotivo, fue unánimemente celebrada por la crítica y comentada por el público lector, consagrando de inmediato un nombre hasta ahora desconocido en las letras chilenas. Algunos comentaristas pretendieron establecer un parangón entre la obra de Leonardo Espinoza y "Caballo de Copas", de Fernando Alegría,

y hasta acusaron influencias de método en la estructura novelística de la segunda. A nuestro juicio, este parangón no tiene asidero posible y sólo trata de empuqueñecer el éxito alcanzado por ambas. Aunque poseen un lejano parentesco en las experiencias humanas que ambas reflejan, las dos obras pertenecen a personalidades lo suficientemente fuertes y diferenciadas como para reconocerlas como diametralmente distintas. La novela de Alegría nos parece de mayor vuelo, más variada, más profunda en el tratamiento psicológico de los personajes, más representativa en su contenido social americano. El secreto de la de Espinoza, en cambio, es su ternura, su alto poder de comunicación emocional con un escenario relativamente pobre, aunque muy bien observado.

Juan Godoy, con "Sangre de Murciélago", se convirtió en otro de los grandes novelistas del año. La obra, estructurada a base de vivencias psicopáticas, reproduce con riqueza y gran propiedad, el mundo atormentado de los dipsómanos en un sanatorio de recuperación mental. La frustración intelectual y humana de los personajes, su hipersensibilidad angustiada, da categoría novelística a un aspecto inédito de nuestra realidad social. A pesar de su enfoque parcial de la realidad y cierto recargamiento culterano en el proceso mental de los enfermos, la novela logra pasajes conmovedores y un goce estético de gran riqueza estilística. A su término, queda como saldo una angustia subyacente de profunda calidad humana y un regusto ácido, un poco naturalista, en la vibración emocional de su contenido.

Víctor Sánchez Guerrero, el escritor recluido en la cárcel de Concepción, produjo con su novela "Proceso" otro de los impactos más significativos de la novelística del año. La clave del relato, de fuerte contenido dramático, lo constituye la dolorosa experiencia autobiográfica que lo llevó hasta el crimen y, posteriormente, aspectos desgarradores de su vida de recluso. La obra significa una crítica aguda a instituciones y métodos coercitivos que aún imperan en nuestra sociedad, además de revelar, con indudable talento de escritor, aspectos increíbles y subhumanos de nuestra realidad carcelaria. La novela de Sánchez Guerrero, por su profunda calidad de documento humano, merecería, además de una reedición, una revisión total del proceso que lo convirtió en lo que llaman "un enemigo de la sociedad".

Enrique Bunster, con cuatro ediciones en el año de "Un ángel para Chile", destacado como el mejor novelista del período en el Balance Crítico que hiciera para la Sociedad de Escritores Hernán Poblete Varas, nos defraudó ampliamente en su contenido. De paso, el hecho revela una característica cu-

riosa en las preferencias de nuestro público lector: su interés por una literatura livianamente entretenida, de juego humorístico, sin base de sustentación ni autenticidad humana. "Un ángel para Chile" nos parece, en suma, un monumento a la astracanada imaginista, con un humor falso y discutible, distorsionada y bufonesca. La obra revela, sin embargo, observaciones valiosas y sátiras objetivas y agudas de ciertos aspectos de nuestra realidad, virtudes que aparecen mal trabajadas y con una franca tendencia a la caricatura. Las cuatro ediciones de "Un ángel para Chile" no han hecho otra cosa que desorientar a la crítica y deformar la opinión del público.

Otro escritor inteligente, con amplio dominio técnico, poseedor de un estilo dinámico y efectista, de grandes recursos en la estructuración, y que, sin embargo, no ha podido dominar su tendencia a la caricatura, es Enrique Lafourcade. "La fiesta del rey Acab" (dos ediciones Ed. del Pacífico), fuerte crítica satírica a las dictaduras americanas, obra elaborada con sabios recursos técnicos, se vio parcialmente frustrada en su impacto verista por el exceso caricaturesco. Tanto, que durante capítulos enteros da la impresión de estar moviendo títeres con un hilo mágico y no seres humanos. El asesinato de Galíndez, por ejemplo, está tan recargado de farsa, que el lector asiste a él con la sonrisa en los labios. La novela, así resuelta, pierde poder de convicción y se convierte en una comedia de ribetes amenos y livianos, seguramente todo lo contrario de lo que Lafourcade pretendió al escribirla. Otro tanto sucede con su novela "Para subir al cielo", editada por Zig-Zag. Estructurada con innegable talento de novelista, varios de sus personajes nos resultan convencionales, inventados por el autor y no recreados de la realidad, lo que deja en su lectura cierta dosis de insatisfacción y falta de autenticidad en las vivencias creadoras.

Luis Merino Reyes, autor de larga y segura trayectoria en nuestras letras, revivió el triángulo amoroso con personajes desleídos de la clase media, en su novela "Ultima Llama". La obra, observada con inteligencia, escrita en un lenguaje adecuado y funcional a su contenido, mantiene la gota de amargo cansancio y desilusión que es común a la casi totalidad de las obras en prosa de Merino Reyes. Una novela que se lee con agrado, pero sin pasión; que gusta, pero no entusiasma; que atrae, pero no emociona. Un producto típico de la clase media intelectual, que refleja entre líneas la apatía y la falta de grandeza características de su medio.

Carlos Rozas Larraín, en "Isla Negra", trató de convertir el snobismo en categoría literaria. Y lo logró. Observada desde lejos, la novela de Carlos

Rozas semeja un brillante abanico, a través del cual sólo pasa el aire colado de la contemplación veraniega. El mismo autor parece un maromero que sale muy sonriente al escenario y comienza a sacar de los bolsillos pañuelos de colores, palomas encendidas, sombreros de doble copa y enormes cigarrillos. Juega con ellos un rato, logrando mantener la atención displicente de un público elegante y aburrido, y en seguida se va, tan sonriente como había llegado. Detrás de su partida no queda nada, nada que no sea la eterna brisa del mar.

Mauricio Sescovich, con "Humilde Rebeldía", novela premiada hace cuatro años por el Sindicato de Escritores de Chile, no logró obtener el impacto que se esperaba ni fijar sus personajes en el recuerdo del público. La obra fue comentada en diversos tonos, pero siempre sin entusiasmo. En cualquier caso, se trata de un nuevo escritor de talento, del que hay derecho a esperar obras de mayor calidad, más decantadas, con una mayor preocupación en la estructura formal.

Margarita Aguirre, la joven escritora chilena residente en Buenos Aires, logró hacer noticia con su novela "El Huésped", editada en Argentina y que obtuviera el Premio Unico de la Editorial Emecé. Muchos artículos elogiosos y párrafos de prensa, precedieron la llegada de la novela a Chile. Una vez aquí, la obra fue recibida con simpatía y destacada su autora como uno de los nuevos valores de la novelística chilena. Pero en el fondo hubo un desengaño sutil e inconfesable. Y el público chileno quedó a la espera de su próxima creación, sin emitir juicio definitivo.

Waldo Atías publicó su anunciada novela "En vez de la rutina", construida, precisamente, sobre la base exclusiva de la rutina. Es un libro de la corriente realista, pero de un realismo chato, monocorde, casi fotográfico. Una obra sin grandeza, sin elaboración estética, sin recreación de la realidad. Los personajes aparecen calcados de la vida misma hasta en sus mínimos detalles, con pasajes absolutamente innecesarios, sin discriminación alguna entre el hecho real y el hecho estético. El lenguaje es tan "real" que resulta de una medianía insoportable. Sin embargo, Waldo Atías es, sin duda, un escritor, un escritor que narra con soltura y sabe tejer la trama novelesca, aunque su enfoque sea todavía rudimentario. El problema esencial de Atías es que tiene que aprender a volar.

Jorge Inostroza, best-seller más allá de todo comentario, continuó su serie de éxitos con "Los batallones olvidados", volumen cuarto de su colección "Adiós al Séptimo de Línea". Al igual que en las obras anteriores, revela en

ésta un talento especial para la narración folletinesca, moviendo un invisible resorte popular lleno de dinamismo y agudeza. La obra de Inostroza, despreciada por los grandes de la literatura, mirada con displicencia, ocupa un lugar en nuestras letras que algún día será estudiado con imparcialidad e interés.

Otras novelas publicadas durante el año y que tuvieron mayor o menor fortuna ante la crítica, son: "Rebelión en la Armada", de Gustavo Mujica; "Pacha Pulai", de Hugo Silva; "Ocaso", de Milcíades Rivano Fauré (con este nombre no se puede ser novelista); "Los altísimos", de Hugo Correa; "El último pirata de la Tierra del Fuego", de Francisco Bersovic y "Amantes Desunidos", de Salvador Reyes, la noticia de cuya publicación nos sorprende en el momento mismo de redactar estas líneas.

EL CUENTO.

Veintisiete volúmenes de cuentos se publicaron en 1959, si hemos de ser fieles al fichero oficial de la Biblioteca Nacional. En este número, incluimos las cinco "nouvelles" de la colección Alerce, tres reediciones y cuatro antologías individuales o colectivas. Las reediciones son: "Sub-Sole", de Baldomero Lillo (7ª edición Nascimento); "La Isla de los Pájaros", de Mariano Latorre (2ª ed. Nascimento) y "Contrabandista en el Sueño", de Luis Droguett Alfaro (2ª ed. Prensa Latinoamericana).

Las cuatro antologías son: "Cuentos de la Generación del 50", de Enrique Lafourcade (Editorial del Nuevo Extremo); "Cuentistas de la Universidad", de Armando Casigoli (Ed. Universitaria); "El vaso de leche y sus mejores cuentos", de Manuel Rojas (Ed. Nascimento) y "Los mejores cuentos y trozos selectos de Luis Durand", en selección de Abelardo Clariana (Editorial Zig-Zag). La antología de Lafourcade, celebrada, atacada y discutida, contribuyó poderosamente a clarificar la apreciación crítica acerca de la bullada promoción del 50, la que debió afrontar dos foros públicos y numerosos comentarios de prensa. Su publicación ha venido a afirmar lo que hemos venido diciendo en artículos y conferencias: existe un movimiento innovador en la prosa chilena, todavía inseguro, en pleno proceso de maduración, pero de innegable categoría literaria y que posee características propias y definidas. Un movimiento inteligente, que corresponde a una forma nueva de mirar la realidad parcial, con un estilo ya logrado y cuyo sedimento ideológico es todavía complejo y contradictorio. La selección de Enrique Lafourcade ha venido a marcar, una vez más, estos rasgos genéricos en cuentos muy dis-

pares, de desigual calidad y cuyos contenidos reflejan la desmoralización actual de la clase media chilena, sin solución en su destino colectivo, navegando entre dos aguas y no queriendo arribar a ninguna de las dos orillas. Los temas de los relatos van desde los juegos de salón hasta la auténtica angustia individual, pasando por el adulterio, los "week-end" en motoneta y la preocupación por reflejar una realidad social cuyo secreto no termina de entenderse. En cuanto a la autenticidad de sus contenidos y el tratamiento literario, sobresalen limpiamente en la antología Enrique Lihn, José Donoso, Guillermo Blanco, Luis Alberto Heiremans. En segundo plano, Armando Casígoli, Enrique Lafourcade, Pablo García. Los demás no logran fijar su flecha en la conciencia del lector: o son demasiado rebuscados y herméticos, como Alejandro Jodorowsky, o son demasiado simples y convencionales, como Margarita Aguirre.

La antología de Armando Casígoli, "Cuentistas de la Universidad", nos parece prematura. El lector se pregunta hasta qué punto valía la pena que le dieran a comer un pan crudo, todavía revolcado en la urgencia de la ceniza. Una antología supone una selección rigurosa de la obra de cada autor, y nos parece perjudicial antologar el primer trabajo de escritores demasiado jóvenes, varios de los cuales ni siquiera llegarán al primer libro. Con todo, hay cuentistas que no sólo salvan la antología sino que revelan un porvenir amplio en el género. Es el caso de Poli Délano, Jorge Teillier y Cristián Huneus.

Los volúmenes individuales de cuentos nos trajeron una grata sorpresa en la obra de Edesio Alvarado, "Venganza en la montaña". Son cinco relatos, entre los que hay por lo menos dos cuentos maestros, con experiencias vividas en la montaña y los pequeños pueblos marineros, al interior de la provincia de Llanquihue. De contenido poderosamente realista, de lenguaje sobrio y varonil, potente y sabio en la elaboración, conmovedoramente dramáticos, agudos en la observación, inquietantes, equilibrados, los cuentos de Edesio Alvarado significan un aporte de primera importancia en el panorama histórico del género. Ahora cabe esperar de él la gran novela del sur mísero, aislado e indefenso en su lucha contra el abandono y la hostilidad del medio.

El Instituto de Extensión Cultural del Personal del Banco del Estado, en un esfuerzo digno de aplauso, nos permitió conocer otra obra excelente: "Un día de luz", de la que es autor el novelista Guillermo Atías. El volumen está formado por cuentos escritos en diversas épocas y dejados atrás por el

autor de "Tiempo Banal". Posiblemente, esto explique cierta falta de unidad en el conjunto, unidad que es salvada, individualmente, por tres cuentos de gran jerarquía estilística. "Un día de luz", relato que da nombre al libro, nos parece un modelo de elaboración psicológica en el contenido realista. Todo el proceso de proletarización del personaje, un muchacho campesino desambientado y obligado, por las circunstancias casuales de una huelga, a vivir en los albergues, es narrado a través de un solo día de frustraciones múltiples y dispares aventuras, al cabo de las cuales el obrero toma conciencia cabal de su clase y del lugar que debe ocupar en la sociedad. Es un cuento conmovedor, sabiamente realizado, que revela en Guillermo Atías una profunda preocupación por los problemas teóricos del realismo y su solución en la obra de arte

Carlos Ruiz Tagle es otra de las revelaciones en el género que produjo 1959. Su tomo de cuentos "Dicen que dicen" tiene el aroma plácido de los viejos pueblos, la profunda sencillez de las verdades humanas en la pequeña trama de las vidas vulgares y olvidadas, con un dejo de pasada nostalgia y crinolinas. Su obra recuerda los "Cuentos de la Aldea", de Manuel J. Ortiz, tan veraz como ésta en la crónica mínima de la vida pueblerina. Su libro, aunque de menor trascendencia respecto a los anteriores, viene a poner una nota distinta, una gota temblorosa de fino estilo íntimo en el ambiente cultural de la gran ciudad.

"Aroma de Polinesia", de Enrique Bunster, es una buena selección de temas tahitianos, elaborados con inteligencia y simpatía. Un libro atrayente y novedoso, de lectura grata, liviana, sobre la base de experiencias vividas. En cierto sentido, constituye el reverso de la medalla de los defectos señalados a su novela "Un ángel para Chile", a pesar de que la vocación literaria de Bunster está orientada hacia una prosa amena, prosa de contar jugando, de entretener más que conmover.

Dos representantes de la promoción del 50 publicaron cuentos durante el año recién pasado: Claudio Giaconi editó "El sueño de Amadeo" y Herbert Müller, "La noche en casa". Ambos escriben bien, dominan ampliamente el oficio, escudriñan con inteligencia en la psicología. Sin embargo, sus cuentos, sobre todo el de Müller, dejan una impresión de vacío, de superelaboración formal, sin médula, ausentes de una vibración humana profunda. El caso es sintomático y envuelve otro de los dramas íntimos de la promoción del 50: sus componentes se preocuparon a fondo de la manera de decir las cosas, se preocuparon de ganar un estilo, de corregir todos los defectos de pintores-

quismo y truculencia de las generaciones anteriores. Y en gran medida, lo lograron. Pero ahora que saben cómo contar, cómo decir las cosas, no tienen cosas que decir, les falta la experiencia vital imprescindible en la literatura. En otras palabras, las formas se comieron a los contenidos.

Además de los libros reseñados, se publicaron los siguientes volúmenes de cuentos: "Alta Marea", de María Urzúa (Ed. del Pacífico); "Raquel devastada", de Teresa Hamel (Ed. Universitaria); "Sol", de Eliana Wacholtz (Ed. Universitaria); "Una muchacha demasiado honesta", de Manuel San Martín (Empresa Editora de Publicidad); "Cuentos bárbaros y delicados", de Jaime Hagel (Ed. del Pacífico); "Las horas caídas a gotas", de Ricardo Navia (Ediciones Socre) y "Las bodas de mi amigo Jaime", de Lautaro Quintanilla (Ed. Avanti).

De las cinco "nouvelles" de la Colección Alerce, editada por la Sociedad de Escritores, se destacan abiertamente "Misa de Réquiem", de Guillermo Blanco y "Los contrabandistas", de Luciano Cruz, una obra ambientada en los puertos nortinos, que tiene como trasfondo la lucha de los contrabandistas con la policía. Con técnica parcial de suspenso, la novela de Luciano Cruz alcanza a rozar aspectos importantes de la realidad social del Norte Grande.

LA POESÍA.

Tal como en años anteriores, la poesía fue el género que alcanzó mayor volumen publicitario, aunque muchos de estos libros se mantengan en circulación secreta y ni siquiera sean admitidos a consignación en las librerías. La falta de editores para la poesía, la protección estatal absolutamente nula de que es objeto, la total incapacidad valoradora de la crítica, han ido sumiendo a la poesía chilena en la total anarquía. Publica todo aquel que tiene dinero para hacerlo, sin discriminación crítica de ninguna especie. De tal manera que la otrora famosa poesía chilena, se está convirtiendo en un hacinamiento de libros y libros, detrás de los cuales sólo por excepción aparece el rostro de la verdadera poesía.

No menos de cincuenta libros de versos alcanzamos a controlar durante el año, cifra en la que alcanza un alto porcentaje la poesía femenina. De estos cincuenta títulos, sólo dos corresponden a reediciones y ambos pertenecen a Neruda: "Todo el amor" (2ª edición Nascimento) y "Algunas Odas", breve selección de las anteriores "Odas Elementales", editadas por los Talleres Gráficos Lautaro.

Posiblemente, el mejor libro de poemas del año es uno que sólo conocen diez o veinte personas: "Altasombra", de Juan Guzmán Cruchaga, publicado en El Salvador en una lujosa edición de homenaje al autor de "Canción" y "Balada". Juan Guzmán logra, en esta obra, altura y depuración definitivas, inscribiendo su nombre entre los grandes poetas puristas de habla hispana. Angel Cruchaga Santa María, por su parte, continuó su ya extensa labor creadora con la publicación de "Anillo de Jade", poemas de homenaje a China Comunista, donde la intención relevante del poeta se ve a menudo entrabada por formas inadecuadas al contenido épico que intenta reflejar. Con todo, "Anillo de Jade" es un poemario de categoría, cantado en un tono menor de percepción fina y grata al oído, saturado de melancolía y altamente solidario.

Pablo Neruda continuó el descenso de su carrera artística con la publicación de "Cien sonetos de amor", donde se burla a voluntad todas las leyes clásicas del soneto. Son poemas sin rima ni medida, en los que el soneto sólo sería reconocible por el encuadre mínimo de los catorce versos. Para explicar esta anomalía, aclara, en la dedicatoria: "Los poetas de todos los tiempos dispusieron rimas que sonaron como platerías, cristales o cañonazos. Yo, con mucha humildad, hice estos sonetos de madera." Y, en verdad, los versos suenan como madera y sólo accidentalmente se logran librar de la influencia nerudiana. El "poeta del pueblo" hizo esta primera edición de sus "sonetos" exclusivamente para los suscriptores del Club de Bibliófilos, cuyos socios debieron pagar la módica suma de noventa mil pesos por ejemplar.

Entre las obras de poetas jóvenes o relativamente jóvenes, destacan abiertamente las tituladas "Tiempo, medida imaginaria", de Stella Díaz Varín (Ediciones del Grupo Fuego) y "Poesía del Tiempo", de Robinson Saavedra Gómez (Escuela Nacional de Artes Gráficas). Stella Díaz, a través de un clima hermetista y de difícil penetración, comunica vivencias audaces, de gran autenticidad íntima y de profunda validez anímica y artística. Robinson Saavedra Gómez, más decantado, más expresivo, trabaja un alto clima de vibración humana, a través del cual el paso del tiempo se siente como un airecillo tenue en el fondo de los huesos. El tiempo de Robinson Saavedra no es un tiempo metafísico, sino más bien un tiempo existencial, donde el devenir eterno de las cosas que se van y el nacimiento interior de las que regresan, van dejando una huella de soledad, una estela temblorosa y profundamente conmovedora.

Otra obra digna de destacarse es "Escritura de pájaros", de Altenor Gue-

rrero. En las creaciones de Guerrero, la poesía infantil cobra una nueva dimensión, llena de gracia y sugerencia, totalmente ajena al consejo pedagógico y la fábula manida. Son poemas frescos, graciosos, profundamente creadores, saturados de una invisible red de relaciones imprevistas, modernos en su concepción, audaces en su contenido. Es la poesía infantil que, desde hace muchos años, hacía falta a los niños de Chile.

Luis Merino Reyes, en "Duermevela de amor", reedita sus mejores éxitos en la poesía amorosa, poesía de tonalidad intimista, donde el eterno diálogo del amor y las relaciones ocultas del monólogo interior de la pareja humana, cobran de nuevo su mágico poder de trascendencia y emoción.

Carlos René Correa, en "Gris" (Ediciones del Grupo Fuego) y Jorge Jobet, en "Naturaleza del Ser" (Editorial Nascimento), alcanzan los mejores momentos de su labor creadora en obras que, sin ser definitivas en nuestro panorama poético, están realizadas con gran belleza y dignidad. Correa, especialmente, obtiene una limpidez de oficio y un don de comunicación que no le conocíamos.

Boris Calderón, con sus "Canciones para una niña llamada Francisca", publicado en forma anónima, obtiene un romance de extraordinaria tersura, de emocionada dignidad creadora, en que la plenitud del amor satura el poema de una fragancia fresca y de gran belleza.

Enrique Espinoza, en "Quince sonetos de amistad chilena", obra ilustrada con dibujos de Nemesio Antúnez y publicada por la Editorial Universitaria, logra un soneto ágil, de lectura grata y renovada, ajeno al campanilleo habitual de la rima.

"Cantos de Pan", de Sergio Hernández, todavía balbuciente y de estilo inseguro, revela a un magnífico poeta en potencia, cuyas imágenes ya son reflejo de un mundo propio altamente expresivo.

Pedro Lastra, en "Traslado a la mañana", se presenta como un poeta profundamente honrado y de seguro porvenir. Se mantiene todavía demasiado apegado a las vivencias de la infancia, pero su imagen es novedosa y sugestiva, de gran belleza plástica. Pedro Lastra crecerá en el futuro, cuando logre cargar su poesía con una mayor complejidad de contenido y experiencias humanas de una madurez más definitiva. Su libro da derecho a esperar esta evolución progresiva.

Otras obras publicadas durante el año no logran todavía fijar la personalidad creadora de sus autores. Se mantienen a la expectativa, en un proceso de búsqueda, cuyos resultados son del todo imprevisibles. En este grupo están

"Meridiano del Hombre", de Víctor Franzani, poeta de gran vocación, cuyo proceso de evolución se ha visto retrasado por veinte años de silencio; "El costo de la vida", de Alfonso Echeverría (Ed. del Pacífico); "Sequedad", de Alfredo Lozada Ruiz (Ed. Universitaria); "Guardias de imaginaria", de Boris Tocigl-Sega (Ed. Universitaria); "En el territorio de la primavera", de Eugenio García Díaz (Imprenta El Imparcial); "Leyenda de la rara flor", de Jorge Onfray (Central de Talleres); "Las manos afligidas", de Diego Ibáñez Langlois (Ed. Universitaria); "Romances de Tiempos Mozos", de Pedro Nolasco Santander (Ed. del Pacífico); "Larga mano para Jean", de Edmundo Herrera (Ed. del Pacífico); "Mare Interius", de Jorge Espinoza Román (Im. Panamericana); "Girasol", de Luis Viullamy (Ed. Yaima), y "Trovos del Anticristo", de Sergio Canut de Bon, poeta que, al margen de su espectacular "genialidad", ya está aprendiendo a escribir y revela un mundo interior novedoso, apasionado y sugestivo.

De la numerosa poesía femenina producida en el período que analizamos, destacan, además de Stella Díaz Varín, tres nombres de limpia jerarquía: Anamaría Vergara, cuya "Tierra Aspera" permite predecir obras de relevante mérito; Rosa Cruchaga de Walker, que con la publicación de "Descendimiento" pasa de la simple promesa a una hermosa realidad finamente lograda, y María Angélica Alfonso, autora de "Tiempo Limitado", obra que apareció demasiado destacada por factores ajenos a los puramente literarios, pero que, en cualquier caso, significa una voz diferenciada y de sutil emotividad. Las tres escritoras se iniciaron el año recién pasado y su debut fue altamente auspicioso, especialmente el de Rosa Cruchaga, que ya figura entre las buenas poetisas de la más reciente promoción literaria.

El resto de las poetisas no pasa de la vulgar medianía y muchas de ellas no lograrán triunfar jamás. Es duro y antipático decirlo, pero es necesario establecer una ordenación mínima en nuestro arbitrario mundo poético actual. A esta categoría creemos que pertenecen María Andrade de Amaral ("Arpegios celestes"), Victoria Orjikh ("Canto a Villa Alegre"), Juana Flores Aedo ("Versos para mi escuela"), María Eugenia Di Doménico ("Temblor de luciérnagas"), Corina Inés Cárdenas ("Poemas del silencio"), Mariluz Pellegrin ("Distancia Invertebrada"). Los títulos enunciados bastan para aquilatar su poder creador.

Por último, de los seis títulos de poesía que integran la colección Alerce, obras de mérito en su totalidad, destacan con valores propios Nicolás Ferrero, con una poesía social pampina, de contenido insurgente y totalmente

ajena al cartel político, y Renato Canales, con "Un árbol a la orilla del mundo", obra elaborada sin estridencias, en la intimidad, de fina percepción sensorial.

Dos antologías rubricaron la producción poética del año: "Antología general de la poesía chilena", de Raúl Silva Castro (Editorial Zig-Zag) y "Doce poetas de la frontera", de Luis Viullamy (Imp. Arancibia). La compilación de Silva Castro, muy bien investigada y de excelente fichero biográfico y bibliográfico, adolece de omisiones graves (Winett de Rokha, como ejemplo) y de una marcada arbitrariedad en la selección (Vicente Huidobro es una de las víctimas). Como la selección está hecha en base a los autores fallecidos, la antología no representa en absoluto la verdadera calidad ni el estado actual de nuestra poesía. El trabajo de Silva Castro es una antología para especialistas, para investigadores, pero no para el público. Será útil, sin duda, para quien elabore en el futuro una historia seria de nuestra literatura. Para el gran público pasará inadvertida, desgraciadamente inadvertida. Por otra parte, creemos que las antologías de poesía deberían ser hechas, siempre, por poetas. La innovación permitiría una mayor sensibilidad en la selección, una captación más profunda del hecho poético, de por sí complejo para cualquier ensayista o investigador.

EL ENSAYO.

El ensayo constituyó el género de las grandes revelaciones durante el año, tanto por la cantidad de las obras producidas como por la variedad de los temas y materias. Estos van desde la divulgación amena y bien informada de los más complejos fenómenos de la ciencia contemporánea ("Quinta Dimensión", de Arturo Aldunate), hasta una curiosa e inteligentísima antología de pensamientos ("Los hombres y las cosas", de Hernán del Solar).

Quince suman los ensayos literarios propiamente tales, incluyendo dos reediciones: "Apuntes elementales de literatura chilena", de Matías Rafide (Imp. Cultura, 2ª ed.) y "Misión en Chile", de Claude Bowers (5ª ed. Editorial del Pacífico).

José Santos González Vera, en "Algunos", reúne una suma de retratos literarios de autores que conoció de cerca o que, en una u otra forma, tocaron su sensibilidad. En su mayoría, son excelentes biografías y apuntes de crítica literaria llenos de aguda penetración psicológica. El estilo fresco y sugerente de González Vera da nueva vida a autores ya desaparecidos, como Baldomero Lillo y Federico Gana, y contribuye a ahondar la interpretación de los que

aún están en plena creación, sobresaliendo entre éstos el acertado retrato estilístico de Manuel Rojas.

Rosamel del Valle, en "La violencia creadora", realiza una de las labores de interpretación poética más sagaces de que haya noticia en los últimos años. La obra, dedicada a profundizar en el conocimiento poético de Humberto Díaz Casanueva, logra momentos de extraordinaria lucidez crítica, al mismo tiempo que plantea y resuelve una serie de preguntas esenciales sobre problemas de metafísica y estética.

Dos libros de Ricardo Latcham vienen a enriquecer su ya extenso y ejemplar aporte al estudio de las letras chilenas y americanas: "Perspectivas de la literatura hispanoamericana contemporánea" (Ed. Universitaria) y "Blest Gana y la novela realista" (Ed. Nascimento). El conocimiento acabado de Latcham sobre la novela en Hispanoamérica, cuya problemática ha venido enfocando desde hace años en diversos trabajos de interpretación crítica, da al primero de estos libros una importancia de primer orden y lo convierte en obra de consulta esencial para estudiantes y ensayistas.

Alone, con "Historia de la biografía", aporta más estilo que método en un trabajo desordenado y ausente de puntos de vista específicamente históricos. Su ensayo se convierte, así, en un estudio subjetivo de escaso valor crítico como panorama de la biografía.

Juan Uribe Echeverría, el sobrio y ejemplar investigador chileno, publicó a fines de año "La narración literaria", selección de estudios sobre la novela y el cuento. La obra, editada por el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, es un estudio serio y bien documentado, con una magnífica selección de textos que ayudará enormemente a los trabajos que sobre este tema se emprendan en el futuro.

Las obras de Augusto D'Halmar, Joaquín Edwards Bello y Mariano Latorre fueron objeto de estudios especiales en su estilo y técnica literaria. Julio Orlandi y Alejandro Ramírez les dedicaron sendos cuadernillos que contienen, además, una microbiografía de los autores y la bibliografía completa de sus obras. Los tres trabajos fueron publicados por la Editorial del Pacífico, en su Colección Premios Nacionales de Literatura y constituyen un manual de gran utilidad para los estudiantes secundarios. Por el carácter mismo de estas obras, ellas adolecen de la superficialidad y ligereza propias de un manual para escolares, aunque alcanzan a sintetizar, someramente, las características fundamentales de cada autor.

Otros ensayos sobre temas literarios oportunamente destacados por la

prensa, fueron: "Las poesías de Manuel Magallanes Moure", de Paulius Stelingis (Ed. del Pacífico); "Semblanza de Gabriela Mistral", de Armando Rojas Molina (editado en Iquique); "La poesía de Miguel Hernández", de Luis Muñoz G. (editado en Concepción); "Heine en la literatura chilena", de José Zamudio (Editorial Andrés Bello), e "Interpretación y versificación de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita", de Clemente Canales Toro (Ed. Universitaria).

El ensayo histórico tuvo este año numerosos cultores, con temas que van desde la Patria Vieja hasta el problema de límites con la Argentina. Entre los más importantes, destacamos los siguientes: "Egaña en la Patria Vieja, 1810-1814", de Raúl Silva Castro (Editorial Andrés Bello); "Barros Arana, historiador", de Guillermo Feliú Cruz (Ed. Universitaria); "Epistolario de don Aníbal Pinto" (Separata de la Revista Chilena de Historia y Geografía); "José Miguel Carrera en la vida y en la muerte", de Armando Rojas Molina (Imp. El Porvenir, Iquique); "La cuestión de límites entre Chile y la Argentina desde la Independencia hasta el Tratado de 1881", de Francisco Antonio Encina (Ed. Nascimento), y "Nuestra frontera en el Canal Beagle", de Carlos Keller (Ed. Nascimento).

Dos ensayos económicos de gran importancia vinieron a alimentar la escasa bibliografía que sobre estos temas existe en Chile: "Antecedentes económicos de la Independencia de Chile", de Hernán Ramírez Necochea (Ed. Universitaria) y "Crecimiento económico de América Latina", de Alberto Baltra (Ed. del Pacífico). Ambos fueron comentados en términos elogiosos y dieron temas a foros públicos y debates universitarios de trascendencia.

El ensayo político fue afrontado con erudición por diversos especialistas, con temas que inciden en problemas esenciales de la actualidad contemporánea. Entre los que lograron conmover a fondo el interés de la opinión pública están "Educación y Política", de César Godoy Urrutia (Talleres Gráficos Lautaro); "Reportaje a una revolución, de Batista a Fidel Castro", de Rafael Otero Echeverría (Ed. del Pacífico), y "América Latina en la Guerra Fría", de Eduardo Irrarrázabal Concha (Ed. Nascimento). Entre las reediciones, destacamos la ya clásica "Frontera Aristocrática", de Alberto Edwards (5ª edición Pacífico).

Otros ensayos de importancia que contienen semblanzas políticas, son: "Hitler, la encarnación de un pueblo", de Alejandro Vicuña (Ed. Andrés Bello); "Breve semblanza de Raúl Marín Balmaceda", de Ignacio Rodríguez

Martínez (Imp. El Arte) y "Semblanza de Don Arturo Alessandri Palma", de Armando Rojas Molina, publicado en Iquique.

Las artes plásticas contaron, este año, con dos ensayistas de importancia: Francisco Otta trazó un interesante panorama de los estilos en su obra "Guía de la pintura moderna". Antonio Romera, por su parte, publicó "Carlos Hermsilla", monografía ilustrada con 31 grabados del excelente grabador y profesor porteño. La obra fue publicada por el Instituto de Extensión de Artes Plásticas, en su Colección de Artistas Chilenos.

La amplia gama del ensayo publicado durante el año, se cierra con un tema filosófico: "Augusto Comte, su época y la nuestra", de Roberto Munizaga, editado por Nascimento en separata de la Revista Anales de la Universidad de Chile.

Al margen del ensayo propiamente tal, en un género que todavía no logra obtener su ubicación precisa, sería útil hacer mención de dos libros de viajes: "Saludos al pasar", de Salvador Reyes (Ed. del Pacífico), y "En Moscú", de Raúl Aldunate Phillips (Ed. Zig-Zag). El primero, con la proverbial amenidad y riqueza estilística del autor, traza un vivo retrato subjetivo, lleno de encanto evocador y agudas observaciones, de diversas capitales europeas por donde anduvieron los pasos errantes de Salvador Reyes. Especialmente acertadas son las evocaciones de Londres y París. El segundo, al que no alcanza a dignificar del todo el prólogo de Gregorio Marañón, pretende presentar un Moscú terrorífico, con agentes de policía que se comen a los niños fritos y extraños aterrizajes en aeródromos fantasmas. La versión de Aldunate está tan pasada de moda y es tan pobre su disimulo en el odio mortal que lo corroe, que no logra otra finalidad que convertirse él mismo en un terrorista, un curioso terrorista de sombrero de copa y flor en el ojal.

EL TEATRO.

Largo sería trazar un panorama del teatro representado en el país durante el año, el que se vio enriquecido con el valioso aporte renovador del conjunto teatral de la Universidad de Concepción. Por lo demás, otras revistas especializadas ya lo han hecho, refiriéndose en detalle a los nuevos autores teatrales chilenos y a los intérpretes que ha venido formando el Instituto del Teatro de la Universidad de Chile. Sólo nos resta, en esta oportunidad, referirnos muy brevemente a las obras publicadas por las editoriales nacionales.

De enorme trascendencia nos parece la publicación del "Panorama del Teatro Chileno", del que es autor el ensayista Julio Durán Cerda. La obra

abarca el período comprendido entre 1842 y 1959 y contiene estudios críticos extraordinariamente acertados acerca del desarrollo del teatro chileno. La interpretación de escuelas y tendencias, viene acompañada de una amplia selección antológica, lo que permitirá al público formarse una impresión clara de nuestra evolución teatral, desde el primitivismo de nuestras primeras representaciones hasta las técnicas más avanzadas utilizadas por el movimiento teatral universitario. El libro de Julio Durán nos parece absolutamente esencial para los actores y dramaturgos, facilitando en el público la comprensión especializada de una de las artes más complejas y completas de la expresión espiritual contemporánea.

Por último, dos obras teatrales publicadas por la Editorial del Nuevo Extremo, vinieron a poner en manos del público la posibilidad de conocer la versión escrita de "El casi casamiento" y "El vividor", ambas de Daniel Barros Grez, y confrontarlas con "La jaula en el árbol" y "Dos cuentos para teatro", de Luis Alberto Heiremans, pudiendo establecer las diferentes concepciones de técnica, estilo y reflejo social, que va de un siglo a otro, en este proceso ascendente y acelerado de la evolución teatral chilena.